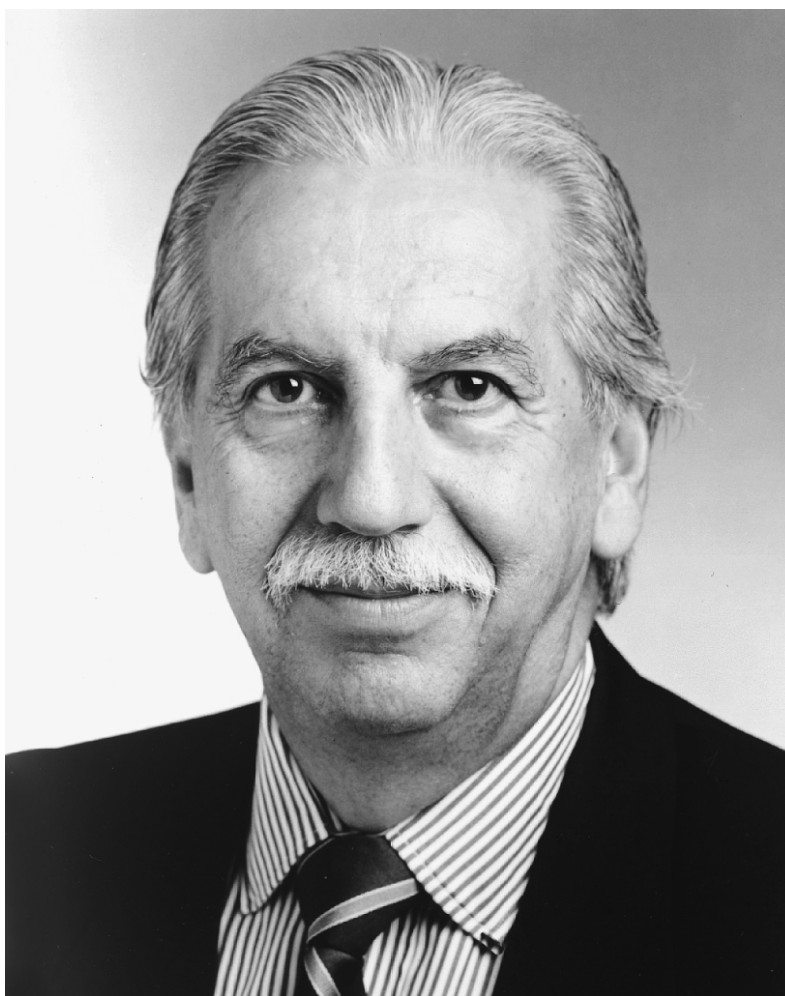


Arturo Gómez-Pompa
(1934-2025)



Arturo Gómez-Pompa en 1994, al recibir el Premio Tyler
(foto: Tyler Environmental Prize).

Exequiel Ezcurra^{1,2} 

¹Universidad de California, Departamento de Botánica, Riverside, California, EUA.

²Autor para la correspondencia: exequiel.ezcurra@ucr.edu

Recibido: 10 de octubre de 2025.

Revisado: 13 de octubre de 2025.

Aceptado por Marie-Stéphanie Samain: 14 de octubre de 2025.

Publicado Primero en Línea: 20 de octubre de 2025.

Publicado: Acta Botanica Mexicana 132(2025).

Citar como: Ezcurra, E. 2025. Arturo Gómez-Pompa (1934-2025). Acta Botanica Mexicana 132: e2520.
DOI: <https://doi.org/10.21829/abm132.2025.2520>



Este es un artículo de acceso abierto
bajo la licencia Creative Commons 4.0
Atribución-No Comercial (CC BY-NC 4.0 Internacional).

e-ISSN: 2448-7589



Arturo Gómez-Pompa, botánico, y uno de los científicos más distinguidos de México, falleció el martes 17 de septiembre, 2025, a la edad de 90 años. Le sobreviven su esposa Norma, sus tres hijos —Arturo Eugenio, Eduardo y Gerardo—, su familia política, sus nietos; y el extraordinario legado intelectual que ha dejado para México y el mundo.

Una de las tradiciones más antiguas en la botánica mexicana ha sido la habilidad de estudiar y entender las plantas en el contexto de su ambiente humano. El *Código de la Cruz-Badiano*, dibujado y escrito por dos *tlacuilos* mexicanos poco tiempo después de la llegada de los españoles a Tenochtitlán; la *Historia de las Plantas de la Nueva España*, escrita por Francisco Hernández a finales del siglo XVI; las *Noticias de Nutka*, escritas por Mariano Mociño en el siglo XVII, y los numerosos textos de Antonio de Alzate, contemporáneo de Mociño, transpiran un interés y un respeto profundos por los usos tradicionales de las plantas y por el conocimiento indígena del mundo natural.

Esa antigua y venerable tradición botánico-antropológica, esa convicción de que la construcción de nuestro conocimiento sobre el mundo natural es el legado de generaciones de campesinos, agricultores, recolectores, herbolarios que nos han precedido acumulando una profunda sabiduría sobre la naturaleza que nos rodea, es quizás el sello más distintivo de los grandes naturalistas mexicanos. Uno de los herederos más notables de esa tradición fue Arturo Gómez-Pompa. Es imposible entender el desarrollo explosivo de la botánica, la ecología, y la etnobiología en México durante la segunda mitad del siglo XX y los inicios del XXI sin dimensionar el extraordinario trabajo del Dr. Gómez-Pompa.

Desde sus inicios profesionales, Arturo Gómez-Pompa se enriqueció gracias a las contribuciones de grandes científicos mexicanos. La deslumbrante figura de Faustino Miranda —maestro de Arturo en sus inicios en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)— aparece desde el principio de su vida profesional en toda su inmensa dimensión intelectual, y subraya una vez más el enorme legado del exilio español a la ciencia mexicana. Gradualmente, Arturo fue sumando a su formación profesional las contribuciones de grandes científicos

mexicanos como Francisco Giral, Miguel Álvarez del Toro, Enrique Beltrán y Efraím Hernández-Xolocotzi, entre muchos otros. En su autobiografía, el propio Arturo narra con gran humildad su desconocimiento inicial de la riqueza florística de México y, con gran sentido del humor, cuenta cómo se metió a hacer estudios como recién graduado para los cuales, según él, no tenía preparación alguna (Fig. 1). En realidad, Arturo se formó como se forman los grandes investigadores: con osadía juvenil, al inicio, seguida de un inmenso afecto y respeto por sus maestros y una verdadera pasión por aprender y desentrañar los enigmas del mundo natural.

Durante la primera década de la vida académica de Arturo Gómez-Pompa, el reduccionismo de la ciencia básica se dio la mano con los grandes acontecimientos políticos del siglo XX. Como joven científico en la Comisión Nacional para el Estudio de las Dioscoreas, Arturo tuvo que cambiar constantemente su foco; desde sus intentos por entender y describir las diminutas flores del barbasco (*Dioscorea* spp.) hasta la ebullición social en las universidades mexicanas durante las protestas de 1968, desde los chapines usados por los chinamperos para germinar semillas hasta un extraordinario viaje a China en 1973, en pleno descongelamiento de las relaciones diplomáticas entre oriente y occidente, para abrir nuevos puentes culturales a México. Solo los grandes científicos son capaces de ver las cosas a escalas tan diferentes en el mundo natural y darse cuenta de que, como escribió John Steinbeck, o todas estas cosas tienen sentido simultáneamente o nada en realidad lo tiene.

La vida académica de Arturo Gómez-Pompa —una de las trayectorias más fascinantes de la ciencia mexicana— fue el centro de una red de conexiones con alumnos como José Sarukhán, Javier Chavelas y Miguel Ángel Martínez Alfaro, y colegas como Gonzalo Halffter, Gastón Guzmán, Jerzy Rzedowski y, especialmente, Alfredo Barre-ra, su gran amigo hacia quien tuvo siempre un especial y entrañable afecto. Aparte de un trabajo científico singular y fructífero, y de su extraordinaria habilidad para tejer amistades y alianzas, Arturo fue un extraordinario creador de grandes instituciones. La Estación de Biología Tropical Los Tuxtlas, la Reserva de la Biosfera Montes Azules, la



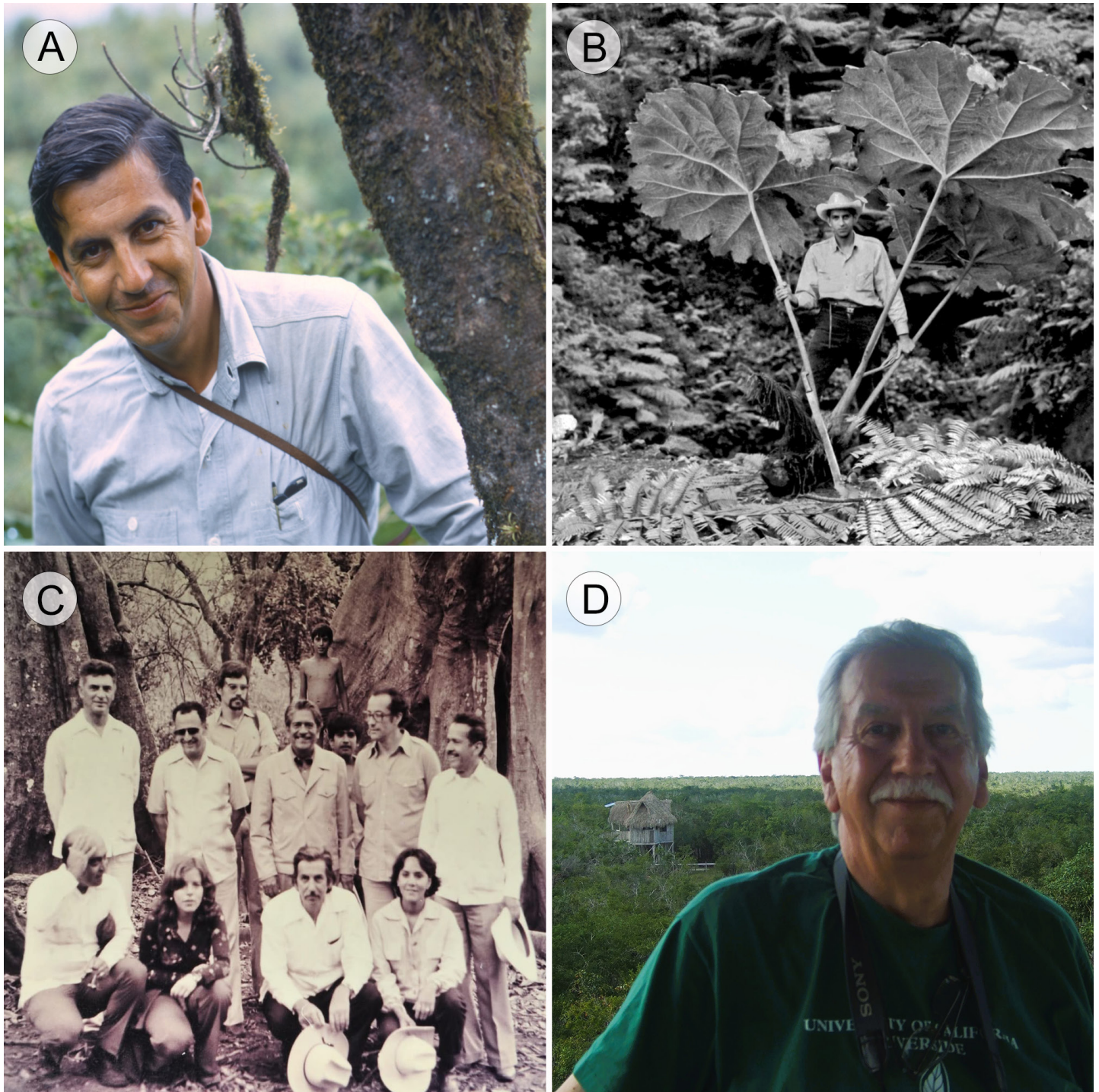


Figura 1: A. recién graduado (ca. 1957), explorando la selva en Tabasco, México, para la colecta de Dioscoreas (foto: CITRO-Centro de Investigaciones Tropicales, Universidad Veracruzana); B. colectando una *Gunnera mexicana* en el bosque mesófilo de Veracruz, México (ca. 1960; foto: CITRO-Centro de Investigaciones Tropicales, Universidad Veracruzana); C. con colegas en el bosque mesófilo de Xalapa, Veracruz, durante la fundación del INIREB (Instituto Nacional de Investigaciones sobre Recursos Bióticos) (1976; foto: Arturo E. Gómez-Barrero); D. en un atalaya de observación del dosel de la selva, en El Edén, Quintana Roo, México (2008; foto: Arturo E. Gómez-Barrero).

Reserva Tropical de El Edén, el Instituto Nacional de Investigaciones sobre los Recursos Bióticos (INIREB), the University of California Institute for Mexico and the United States (UC MEXUS) y The George E. Brown United States/Mexico Foundation For Science (USMFS/FUMEC). Todos surgieron de su incansable actividad organizativa.

Arturo vivió también, de manera directa, algunos de los momentos más conflictivos y tristes de la historia de las ciencias ambientales en México, los cuales enfrentó siempre sin rencores y de manera propositiva y práctica. Uno de los conflictos más sobrecogedores surgió cuando el gobierno federal de México inició un proyecto para colonizar la cuenca del río Uxpanapa, que era en aquellos años un área totalmente cubierta por selvas altas en perfecto estado de conservación. El programa incluía una acción de deforestación masiva mediante un programa de desmonte con maquinaria pesada, en beneficio de empresas madereras, para luego reubicar en los sitios talados a un grupo de campesinos mazatecos y chinantecos, cuyas tierras estaban por ser inundadas por la construcción de la presa “Cerro de Oro”, en Oaxaca. Valiente y decidido, Arturo organizó una protesta de académicos mexicanos en contra del proyecto. La discusión acabó en las oficinas del presidente de la república, Luis Echeverría, quien —contra la opinión de Gómez-Pompa— tomó la decisión de llevar el proyecto adelante.

Muchos ecólogos hemos oído del proyecto del Uxpanapa como una de las grandes tragedias ambientales del trópico, pero Arturo Gómez-Pompa convirtió esta lacerante derrota en una victoria moral. En sus memorias, escribió:

“Hasta la fecha, la región de Uxpanapa sigue siendo un problema activo. La pobreza continúa, las majestuosas selvas prácticamente desaparecieron, el paraíso agropecuario prometido no llegó. [...] Las recomendaciones que hicimos hace más de 35 años siguen siendo válidas, no solo para Uxpanapa sino para las escasas regiones selváticas que aún tenemos en el trópico mexicano. Uxpanapa, sin lugar a dudas, fue el inicio real de lo que llamaríamos la *ecología política* en México.”

De desafío en desafío, la vida de Arturo Gómez-Pompa subraya lo mejor de la etnobotánica y la ecología mexicanas. Su legado nos enseña cómo, a partir de sus datos, sus ideas, su ciencia, una persona puede proponerse hacer

del mundo un lugar mejor. Cuando comenzó su carrera, los etnobotánicos y ecólogos mexicanos podían contarse con los dedos de una sola mano. Hoy, ambas disciplinas tienen miles de graduados que trabajan en universidades y centros de investigación en todo el país, y buena parte de esos graduados son descendientes directos de la escuela intelectual de Arturo Gómez-Pompa. Pero no solo es necesario saber luchar para poder avanzar en estas disciplinas; también es necesario tener ideas brillantes y ser innovador y pionero. En 1955, solo dos años después de la publicación de la estructura del DNA por James Watson y Francis Crick, Arturo Gómez-Pompa estaba haciendo su tesis en biología molecular estudiando la actividad ribonucleásica en la germinación del maíz, un trabajo realmente de frontera en el que exploraba los mecanismos de expresión génica en plantas cinco décadas antes del inicio de la genómica moderna.

A mediados de la década de los años 70, el INIREB, recién fundado por Arturo, tenía como líneas fundamentales de investigación las floras electrónicas, la percepción remota a través de imágenes satelitales, la cartografía digital y la modelación matemática de la dinámica de los ecosistemas. Con computadoras primitivas y escasos recursos, los investigadores del INIREB —bajo el liderazgo de Arturo Gómez-Pompa— se habían adelantado tres décadas al desarrollo de las modernas bases de datos electrónicas usadas hoy en día para entender los recursos naturales y el cambio ambiental global.

Cuando Arturo Gómez-Pompa impulsaba, junto con Gonzalo Halffter, las primeras Reservas de la Biosfera en México y lideraba al mismo tiempo acciones internacionales dentro del Programa El Hombre y la Biosfera (MAB por sus siglas en inglés) de la UNESCO para proteger el ambiente global, nos hablaba de programas de conservación con las comunidades indígenas y campesinas, de enfocar la conservación de los recursos bióticos a nivel de grandes biomas, de desarrollar un programa internacional de conservación ecológica que asegurara la protección del entramado de la vida a nivel planetario.

En 1972 publicó con dos de sus estudiantes, Sergio Guevara y Carlos Vázquez-Yanez, un artículo en la revista *Science* sobre la naturaleza no renovable de las selvas tropicales, advirtiendo al mundo que la destrucción de las



selvas podría poner al planeta en peligro ("The Tropical Rain Forest: A Nonrenewable Resource". *Science* 177: 762-765). Dos décadas antes de la Cumbre de Río, los puntos centrales de aquel revolucionario acuerdo entre naciones ya eran parte cotidiana de los estudios y los planteos de Arturo Gómez-Pompa.

Siempre fiel a sus convicciones, a inicios de los ochenta luchó por la creación de una Secretaría del Medio Ambiente en México para atender desde el gobierno los crecientes problemas ambientales que el país sufría. En diciembre de 1982 tuvo una discrepancia pública con el presidente Miguel de la Madrid, quien había decidido subsumir la gobernanza ambiental bajo el tema del desarrollo urbano al crear la SEDUE (Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología). El conflicto lo obligó en 1983 a alejarse de México en una forma de autoexilio. Invitado por la Fundación Rockefeller, pasó un año en Bellagio, Italia, para trasladarse luego a la UNESCO en París, para tomar el puesto que había dejado vacante Francesco di Castri dentro del Programa del Hombre y la Biosfera. En la UNESCO, Arturo imaginó por primera vez la posibilidad de usar bases de datos electrónicas y la entonces naciente red del Internet para crear un sistema de información biológica para la comunidad internacional del MAB —con todos los inventarios de la biodiversidad de las reservas de la biosfera del mundo, y el apoyo de los grandes herbarios y museos de historia natural. La iniciativa pionera de Gómez-Pompa tardó casi dos décadas en madurar en la comunidad internacional, pero finalmente vio la luz con la creación del Sistema Global de Información sobre la Biodiversidad (GBIF) —un resultado directo del pensamiento visionario de Gómez-Pompa.

Su deseo de estar cerca de México y hacer investigación lo llevó a aceptar a finales de 1985 una invitación del presidente de la Universidad de California para ocupar el puesto de Profesor de Botánica en el campus de Riverside y director del Instituto para México y los Estados Unidos (UC MEXUS), recién creado. Su trayectoria en Riverside fue meteórica. En unos pocos años, transformó las actividades de UC MEXUS en un programa de intercambio académico modelo, con un inmenso prestigio académico. Por otro lado, su presencia en Riverside atrajo una miríada de estudiantes brillantes de México y los

Estados Unidos que llenaron la literatura científica con estudios sobre etnobotánica. Entre esos proyectos se incluye el uso de quelites en chinampas; el origen, evolución y domesticación del cacao; el uso tradicional del aguacate silvestre; las variedades cultivadas del chicozapote; la domesticación de la chía y la vainilla, el cultivo ritual de la flor de cacao "cacaoxóchitl" (*Quararibea funebris*) en los cenotes yucatecos. Sus trabajos en etnobotánica lo llevaron a consolidar una conjetura que había estado trabajando desde su tiempo en la UNESCO. Sabiendo que, antes del gran colapso demográfico que trajo la llegada de los europeos al Nuevo Mundo, las selvas tropicales estuvieron pobladas por milenios, desarrolló un concepto revolucionario: La idea de la "naturaleza silvestre" —prístina e intocada—, es una construcción ideológica contraria por la realidad. La ecología y la conservación, concluyó Gómez-Pompa, no tienen sentido alguno sin tomar en cuenta las poblaciones humanas que viven en esos ecosistemas, y su conocimiento acumulado tras siglos de trabajo empírico.

En 1992 publicó en coautoría con Andrea Kaus, su estudiante, un artículo titulado "Domesticando el mito de la naturaleza silvestre" ("Taming the Wilderness Myth." *BioScience* 42(4): 271-279), en el que desarrollaba sus ideas en detalle para concluir que "el desafío fundamental no es conservar un mundo silvestre supuestamente prístino, sino aplacar al mito con la comprensión que los humanos no existen fuera de la naturaleza" (*The fundamental challenge is not to conserve the wilderness, but to tame the myth with an understanding that humans are not apart from nature*). Iconoclasta y heterodoxo al momento de su publicación, este llamado a una nueva manera de comprender el mundo natural se ha convertido en el nuevo paradigma de la conservación en el siglo XXI.

Impulsado por sus teorías, sus estudios, y su pasión por las selvas tropicales, en 1993 decidió comprar 900 hectáreas de selva al norte de Quintana Roo, para establecer una reserva ecológica. Para hacerlo, hipotecó su casa en Riverside para poder comprar el primer sector de lo que llamó la Reserva Ecológica de El Edén. Unos meses más tarde, en 1994, fue galardonado con el prestigioso Premio Tyler a los Logros Ambientales. Sin dudarlo, canalizó los fondos del



premio a la compra de más tierras en El Edén, para completar un área protegida de 3000 hectáreas. El Edén es hoy la reserva ecológica privada más importante de América Latina, y —gracias al liderazgo de Arturo Gómez-Pompa— una de las que más estudios científicos posee hechos en su territorio.

Baluartes de la etnobotánica mexicana, fundador de la ecología política, creador de instituciones sobresalientes, y, sobre todo, científico destacadísimo, México y el mundo le deben muchísimo a Arturo Gómez-Pompa. Su vida es un testimonio vivo y apasionante de más de siete décadas de

ciencia dedicada a la conservación de los ecosistemas tropicales y del conocimiento tradicional. Pero es también una historia de amistades y afectos que muestra cómo un puñado de científicos apasionados por un ideal puede realmente transformar la realidad que los rodea. La construcción de una esperanza para el planeta, nos enseñó Arturo Gómez-Pompa, empieza con acciones tan sencillas como aprender a identificar las pequeñas flores de las dioscóreas, con una mirada comprometida, al mismo tiempo, en imaginar un futuro viable y esperanzador para nuestras comunidades rurales y para el planeta entero.

